



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

## ¡LA VIDA MISERABLE!

---

Siempre *vistió* mucho renegar de la vida y ponerle motes insultantes. Casi todas las religiones nos pintan el mundo como lugar siniestro y la mundanal existencia como viaje transitorio, como paréntesis de amargura que es fuerza soportar, si quieren gozarse bienes eternos; los poetas románticos vomitan contra las *miserias humanas* estrofas que parecen náuseas, cólicos rimados, producidos por indigestiones de la *realidad impura*; noveladores y dramaturgos de la misma calaña dislocan, con instinto de volatineros, la naturaleza del hombre; desarticulan pasiones,

sentimientos, caracteres, esperanzas y engaños, con la sana intención, según ellos, de levantar el espíritu sobre las pequeñeces y mezquindades de la verdad, y distraerlo y engrandecerlo con mentiras sublimes y exageraciones regeneradoras...

Así lo dicen, así lo creerán sin duda. La vida es una exposición permanente de crímenes, de infamias, de horrores. Y no es lo malo que digan esto; no es lo peor que de tal manera nos pinten la vida; lo peor es que no añaden: «Estudiémosla, disequémosla, para mejorarla y engrandecerla»; sino que exclaman: «Apartémonos de ella; renegüemos de ella. Abominarla, bueno; ¿estudiarla?... ¿Para qué? No es susceptible de mejora. Contemplémosla con asco, y confíemos en que la suerte nos permitirá dejarla pronto.»

Tales ideas dominaban como señores absolutos cuando yo era muchacho. Declaro que los domingos, luego de ir con mi madre á la iglesia, de oír al cura de mi lugar un

sermón, donde la existencia se presentaba á mis ojos como los cuartos de una res en el matadero, chorreando sangre, después de hojear algún libro lleno de lamentaciones desengañadas, de historias horribles, de anhelos de muerte, de *anathemas* psicológicos, me ponía de muy mal humor. No eran bastante á disiparlo la sabrosa comida que humeaba en la mesa (vahaba se dice; pero yo no lo digo porque me suena mal y me sabe á cursi), ni la presencia de mis padres, ni el recuerdo de que el cura, renegador de la existencia en los sermones, procuraba conservarla con el mayor disfrute posible, no ayunando para ganar el cielo, sino engullendo apetitosos manjares, servidos por un ama más apetitosa que los manjares; no orando para que Dios se la quitase pronto (la existencia), sino yendo á caza para que sus músculos se fortalecieran y su sangre se tonificase. Tampoco servían de lenitivo á mi tristeza los apuntes biográficos de aquellos aburridos literatos, los cuales apuntes más re-

trataban hombres sensuales y materialistas que seres espirituales y místicos. No; el sermón del cura, las páginas del libro, se agarraban á mi cerebro como una garra dolorosa; experimentaba angustia de vivir y me entraban deseos de tirarme al pozo de cabeza. Preciso era que saliese á la calle, que viese al sol nublar mi cuerpo, á la primavera meterme por los sentidos su respiración fecundadora, y á una vecina mía mirarme por entre los hierros de la reja con sus ojos negros y hambrientos de cariño, para que mi naturaleza despertara lanzando una carcajada de triunfo.

Así pensaba yo, influído por las majaderías de la época, de aquella época en que todas mis primas se hartaban de vinagre para estar pálidas y cultivaban el amor platonico, puro, íntangible, libre de carnalidades asquerosas; lo cual no les impedía casarse en cuanto el novio pasaba por el aro y tener hijos á montones.

Afortunadamente, cuando yo vine á la *vida pública*—que dirán dentro de poco los

*encasillados* á sus electores—se operaba un cambio favorable en la materia: las ideas marchaban por otro camino; la literatura había tomado hierro para fortalecer su sangre; no se entregaba á delirios enfermizos y á desfallecimientos anémicos; entraba en la realidad, como entra el operador en la herida, con bravura, con esperanza, á buscar entre la podredumbre los elementos de salud; no con el pulso tembloroso, con la mano firme; no volviendo la vista con repugnancia cobarde, clavándola en la llaga con obstinación salvadora. Las muchachas no tomaban vinagre, bebían vino; no cultivaban el platonismo para entrar luego en las impurezas matrimoniales; tenían novio para casarse con él, si podían, y cuando apretaban su mano no era para cambiar efluvios espirituales, sino para transmitirse ese fluido nervioso que es la telegrafía del amor... Hasta el cura de mi pueblo, que ya no era el de antes, cultivaba menos que su antecesor la nota negra.

«La vida, se dijo entonces, es mala, es cruel, está llena de amarguras y decepciones; pero en ella existen elementos de redención, causas de alegría, de bienestar y de progreso; afrontemos la vida, entremos en ella, no retrocedamos ante sus dolores, no la consideremos lugar de expiación, purgatorio anticipado para ascender á mejores mundos, sino materia sublime que debemos engrandecer en beneficio de las humanidades futuras; combatamos para hacerla más buena y vivamos lo más posible, porque luchar mucho, y por consiguiente vivir mucho, es nuestra obligación.

»No pasemos nuestra existencia renegando de ella, aguardando el momento de abandonarla como se aguarda la felicidad, y permaneciendo, mientras llega ese instante, inactivos, petrificados, mirándonos á la punta de la nariz con estupidez beatífica de fakires contemplativos; escarbemos la vida, registremosla, escudriñémosla sin hacer caso de tropezones, de desgarraduras y abismos, y

cuando llegue la hora de morir, muramos tranquilos, porque algo habremos hecho en favor de los que nos sucedan.»

Tal fué la noción de la vida que tuvieron los jóvenes de mi tiempo; tal la que aún se conserva, si bien la amenaza una invasión mística que reniega de la lucha y llama al dolor castigo en vez de llamarlo necesidad.

Esta invasión, que viene de Francia, de ese pueblo que, dando pruebas de una cultura sudanesca, silba á Zola y se revuelve contra los judíos, ni más ni menos que los bárbaros cristianizados de la Edad Media, empieza á tomar carta de naturaleza en España; y á los frailes que pululan por todas partes pregonando las excelencias del quietismo monástico, invitando al odio á la vida y edificando diez conventos en cada distrito, siguen los místicos en literatura... Nada; que volvemos al tiempo de mis primas: al vinagre, á la anemia en la sangre y en los cerebros.

Sería cosa de aterrarse por semejante re-

troceso, á no tener la seguridad de que durará poco, porque es contra naturaleza, y la Naturaleza se ríe de los sistemas que contra ella van.

¡Ah, la vida por sí misma tiene más fuerza que cuantos á hacérsela odiosa se consagran! ¿Truenan contra ella?... ¡Bah!... Ella posee la última carta en el juego y gana siempre.

A este propósito se me ocurre un cuento que me refirió mi madre cuando yo era niño:

Vivían juntos en un pueblecillo de Aragón una vieja, muy vieja, muy achacosa, inservible, vamos, y un hijo suyo, cura y joven.

Siempre andaba la vieja renegando de *esta pícara vida*, de *esta miserable vida*, que sólo dolores produce.

—¡Ah, Dios mío!—gritaba.— Quítame pronto la vida para que goce de los deleites celestiales; venga pronto la muerte para que venga la bienaventuranza. Y, sobre todo,

Señor, ¡si algún día mandas á esta casa la muerte, mándamela á mí! ¡Que no sufra yo el inmenso dolor de sobrevivir al hijo de mi alma, á este varón justo que á tu santo servicio consagra su entendimiento y su voluntad!...

Ni un solo día dejaba de hacer este ruego.

Cierta noche sintióse turbada en medio de su sueño por un rumor siniestro, como de huesos que se entrechocan. Abrió los ojos y vió delante de ellos á la muerte con todo su aparejo de sudario, guadaña y demás prendas de guardarropía.

La muerte extendía sus manos hacia ella.

—¡No! ¡No!... ¡A mí, no!—gritó la vieja con espanto.—¡A mí, no!

Y extendiendo su brazo descarnado á la alcoba inmediata, exclamó con voz donde palpitaba la esperanza:

—¡A mí, no! ¡Déjame!... ¡Ahí está el cura!... ¡Anda con él!...

